

*13 de febrero de 2007*

Colgué el teléfono después de hablar con mi hermana y salí para la marcha antifascista en el Altmarkt con la perspectiva de encontrarme a Lina, Merche y la gente de la ACI. Llegué un poco tarde. A las 18:30 sólo pude escuchar las últimas palabras que alguien desde un nítido altoparlante pronunciaba a una pequeña aglomeración de gente. Le estaba agradeciendo a la policía, y la gente aplaudía. Yo deambulaba con los ojos bien grandes buscando a la gente, pero lloviznaba y todos parecíamos iguales, con ropas de plástico con capuchas.

Me encontré con Octavio y Pablo, y no habían visto a nadie. Seguí avanzando para la Schlossplatz, y la verdad es que no se veía tanta gente. Ahí había unos puestos de organizaciones contra el racismo, partidos políticos y un poco más de gente. Me crucé con un par de alumnos pero no encontré a nadie de la ACI. Había policía por todos lados, enfundados en trajes ya no tan futuristas llenos de protecciones en el cuello, brazos y piernas.

Sabía que había convocada otra marcha fascista, pero no vi nada "sospechoso" o que me hiciera temer. Traté de cruzar para Albertplatz pero el puente de Augusto estaba cerrado por otro cordón policial de autos y robocops. Doblé por la calle con el friso que muestra el desfile de gobernantes de Sajonia desde el 1000, ese en el que todos avanzan hacia el pasado. Había un poco más de gente que seguramente iba para el lado del puente de Carola. Me topé con la Frauenkirche y algo de emoción corrió por mi cuerpo, sólo pensar que hacía unos 62 años esa imponente construcción había desaparecido, y que locamente la habían reconstruido hacía tan poco me hizo temblar, de espanto, me parece. Otra vuelta más y no encontré a nadie.

Decidí ir para Hauptbahnhof a esperar a Fer. Antes pasé por la librería, y por primera vez en mi vida me compré un libro de cocina. Detalles que parecen indicar algunos pequeños cambios en una. Por Prager Strasse soplaban ese viento tan característico que siempre se siente ahí, como si fuera un truco arquitectónico de algún planificador urbano muy poco divertido. La quietud y la falta de gente contrastaban con mi reciente recuerdo de las calles de la India, pero estaba bien.

La estación renovada se veía muy bien, con mucha luz y negocios abiertos incluso a las 20 horas... con lo que hay que conformarse. Había algunos jóvenes personajes raros, tirados en el suelo con perros o botellas, hablando solos o en grupitos, y más policía. Me pedí un café grande en el Burger y seguí leyendo Robinson Crusoe, llevando a mi mente hasta esa isla frente a algún lugar del Brasil, llena de sol y calor y con un tipo tratando de sobrevivir. Al rato fui al andén y lo vi a Fer, sonriente. Decidimos ir a comer algo por ahí, al döner en donde comimos afuera por primera vez cuando llegamos a Dresden, hace ya más de tres años, mierda.

Le conté de la marcha, que había estado todo bien aunque no había encontrado a la gente de la ACI, que no había visto nazis ni nada, mucha policía sí. Volvimos a la parada del Altmarkt, cargando su bolso de viaje, charlando tranquilos, caminando contentos. Hacía poco habían sonado las campanas de las iglesias, recordando la hora en que en aquel fatídico 13 de febrero del 1945 habían empezado a caer las bombas aliadas sobre la ciudad.

En la parada el cartel electrónico indicaba retrasos, o cortes, o algo problemático con los tranvías. Había más gente que lo habitual, y todos parecían fastidiados por los cambios, y

nosotros también, pensando que cómo podía ser que justo en semejante día pasara eso. La policía circulaba como pocas veces había visto en la ciudad. Decidimos avanzar hasta Pirnaischer Platz, pensando en la malditamente cara posibilidad de tomar un taxi, pero queríamos volver.

Pero una vez ahí, vi la cosa más espantosa que jamás vi en Dresden, ni en mi vida. Una marcha nazi, enorme, ordenada, con banderas y cantos, altoparlantes con himnos u otro tipo de arengas y mucha gente joven, todos de negro. Fueron más de 15 minutos de ver pasar gente y gente que no sé muy bien de dónde salía. Las torres de Pirnaischer como fondo parecían un hormiguero semi pisoteado desde el que se escapaban las termitas.

Nos quedamos parados sintiendo por casi primera vez que la policía realmente nos podría proteger. Me corría por la sangre una mezcla de miedo y rabia, no podía creer lo que veía, ¿cómo le había pasado una cosa así al país? ¿qué desastres habían hecho con el pueblo? ¿y cómo se podían enorgullecer tanto de ser la tercera economía del mundo? ¿a qué estamos jugando en este mundo enfermo?

También comprobar lo vulnerables que somos en estas tierras, yo especialmente, desde el pelo oscuro y los rasgos tan poco alemanes, que mínimo califican de "extranjera", lo suficiente como para ser blanco de ataque de gente como la que veía pasar. Ver a esa multitud marchando, con incluso banderas falangistas intercaladas entre las prusianas y alemanas con águilas y otras más irreconocibles, a las 22.30 cuando la mayor parte de la gente ya está durmiendo, cuando probablemente los periódicos ya cerraron sus ediciones, cuando el grueso de la otra marcha ya se desarmó, bueno, creo que la palabra sigue siendo "miedo". Y de repente todos parecen amenazantes, la incapacidad de reconocer quién es quién, y al mismo tiempo admitir que nunca fue tan simple como "nazi = skinhead", pero acá es incluso más complicado que en ninguna otra parte.

Decidimos volver caminando, imaginando que la columna debía estar dando una vuelta grande hasta llegar a la Theaterplatz, con lo cual a la larga los tendríamos en nuestras espaldas. Le preguntamos a un policía si en la dirección del parque estaba todo bien, y con esa palabra afirmativa en un alemán muy poco sajón como mínima certeza, nos alejamos de ese lugar, de esa intersección que hasta hacía nada había adquirido una escenificación surreal como un viaje en el tiempo, con terribles ganas de atrincherarnos en la casa. Y pensar que estando tan lejos, la sentí como un buen lugar al cual llegar. Mi cabeza da mil vueltas, ya no sé ni qué pensar.